

Paris, 17 de Febrero de 1986

Querido José,

A decir verdad, a mí no me gusta nada la teoría generacional, pero ya que tú has planteado las cosas en esos términos veamos como te puedo responder a la cuestión planteada en nuestra discusión sobre la democracia. Pero antes, déjame definir algunas cosas que me parecen esenciales para la correcta comprensión de mi punto de vista.

A mi parecer lo que define la democracia es, para decirlo directamente, la independencia y la autonomía de las instituciones. Por "instituciones" entiendo yo todas aquellas instancias sociales que tienen que ver con la vida pública y que son por esencia una vocación de autonomía. Por ejemplo, la Universidad, la educación en sus más amplios aspectos, la Justicia, la Información, la Legislación, las Fuerzas Armadas, la economía, la Cultura etc etc. Todos estos diferentes aspectos de la vida humana están por supuesto interrelacionados y en su ejercicio social jamás pueden comprenderse separadamente, pero, y esto es lo importante, todos ellos tienen una especificidad que les es propia y que los define como actividades diferentes.

Como el Estado no es una entelequia sino la forma precisa en que se manifiesta el poder social, y como éste a su vez no es otra cosa que la resultante de las diferentes fuerzas que poseen las instituciones, (en cuanto éstas están coordinadas en un centro) siempre existe un juego de fuerzas entre este centro y las potencias que intenta coordinar. Cuando el funcionamiento del todo corresponde a un equilibrio orgánico entre las fuerzas independientes, de tal manera que estas pueden desplegarse en toda su potencialidad de manera armónica, podemos decir que lo que presenciamos es un régimen democrático. Cuando por el contrario, alguna de las fuerzas independientes o el centro orgánico se toman, por así decirlo, la dirección del asunto y atentan en contra de la autonomía de cualquiera de las "instituciones" estamos frente a un régimen absolutista.

El absolutismo consiste en tomar la parte por el todo, establecer el predominio de la parte sobre el resto. El caso más generalizado en América Latina es que las Fuerzas Armadas se tomen el poder y se establezcan en centro dominador de todos los demás aspectos de la vida social. Pero perfectamente pueden imaginarse otras formas de absolutismo, por ejemplo, la predominancia del partido o de la economía o inclusive, en el caso de la utopía platónica, de la cultura (Inteligentzia).

Esto te lo digo, porque me parece insuficiente detectar el absolutismo únicamente en un aspecto de la cuestión. Me parece erróneo considerar por ejemplo, el problema del poder legislativo o el de la libertad de prensa o el de los derechos individuales como únicos parámetros respecto de los cuales vamos a medir lo democrático o no de un proceso histórico. Creo que para establecer esta medición tendríamos que considerar la forma concreta en que se integran en una sociedad las instituciones autónomas y el modo como cada una de ellas funciona, si al hacerlo guarda o no su independencia, si tiene un campo abierto de desarrollo autónomo, si se integra adecuadamente a la totalidad, pero además, como el centro las ordena a todas, como está limitado este mismo centro por el campo independiente de cada una de ellas. Solo de esta manera creo que se puede hacer una evaluación seria y responsable de las adquisiciones o fallas democráticas de una sociedad.

Teniendo en cuenta lo dicho, puedo ahora acercarme un poco más al tema de nuestra discusión. Pero antes, todavía una explicación: estoy convencido de que el tema de la democracia no recubre necesariamente la división bipartita de los regímenes a que estamos acostumbrados, socialismo y capitalismo. Una cosa es el régimen político-económico, y otra cosa muy diferente el sistema o el modo de gobierno o para ser más fiel a nuestro concepto de democracia, la manera como las instituciones funcionan independiente y autónomamente. Pueden existir capitalismos democráticos y dictatoriales, pueden existir también socialismos democráticos y dictatoriales, ni socialismo es igual a democracia, ni capitalismo es igual a dictadura, pero viceversa ni socialismo es igual a dictadura, ni capitalismo es igual a democracia.

Dicho esto vamos al grano. Lo que veo a mi alrededor es que en casi todos los países del mundo actual hay evidentes fallas democráticas. Basta que no haya autonomía de una de las instituciones sociales para que la democracia no exista: en los países socialistas esto es evidente. En casi todos ellos, aunque hay algunas diferencias que habría que tomar en cuenta, no existe la libertad de prensa. Esta es controlada por el Partido y por el aparato del estado. Pero si me vuelvo hacia el otro lado y tomo por ejemplo alguno de los que parecen más incuestionablemente democráticos, (USA) observo que si bien la libertad de prensa está concebida como un derecho constitucional la supremacía de otros poderes dentro de la sociedad (la economía por ejemplo) atentan constantemente en contra de su libre ejercicio. En los países capitalistas el predominio de lo económico, si bien aparece en los hechos como mucho menos despótico que el poder militar o el poder político es igualmente un obstáculo para lograr la armonía social que supone toda democracia.

Se podría responder a esto diciendo que en USA, por lo menos existe enunciado el principio de la libertad de prensa. Esto es verdad. ¿Pero de qué sirve la enunciación del principio si no se dan las condiciones concretas para que éste salga de su abstracción y anime la vida concreta de los ciudadanos? Estados Unidos se ha opuesto al programa de la UNESCO sobre la libertad de información. Una de las conclusiones principales del informe de la comisión especialmente formada para estudiar este asunto es que la mayor parte de la información en el mundo es controlada por unas pocas agencias norteamericanas. Este control permite la manipulación política y económica de la prensa en el tercer mundo dejando un margen ínfimo de libertad en los países que no poseen agencias de información. Desde mi punto de vista este hecho es un atentado descomunal contra la democracia y sin embargo, pareciera no tocar ningún régimen concreto con medidas dictatoriales. Si observo las cosas que suceden en el mundo socialista será fácil constatar que los resultados son más o menos los mismos sólo que aquí la dominación aparecerá de manera más escandalosamente desnuda.

De lo dicho puedo concluir que dentro de las descarnadas relaciones de dominación que hoy día vivimos tanto en el plano interno como en el externo la democracia aparece por todos lados como una constante tensión libertaria pero sin existir en forma consolidada y definitiva en ninguna parte. Ver en cualquier país existente un modelo de democracia me parece el colmo del anacronismo y de la ingenuidad. Nuestro realismo, que no es de ningún modo desesperanzado nos obliga a mirar las cosas de frente y a plantearnos la democracia dondequiera que estemos como la meta fundamental a conseguir para lograr una sociabilidad basada en el consenso y la armonía.

Podríamos pasarnos meses enteros dándonos argumentos desde uno u otro lado para tratar de probarnos que tal o cual régimen

es la más pura encarnación de la democracia en el mundo. Esta tarea me parece completamente ociosa. Creo que más vale estar atento a los atentados que se cometen en contra de la democracia en uno y otro lado y elaborar una utopía democrática que verdaderamente valga la pena. Es teniendo en cuenta nuestra meta correctamente definida que podremos acercarnos en la medida de nuestras posibilidades a una sociedad más justa. Dejemos de lado los modelos y ciudémonos del presente para superarlo, no para encontrar en él ideales a seguir.

Creo que la revalorización de la democracia es efectivamente una idea nueva para mi generación. Nosotros nacimos en una época en que las tareas y las realidades eran otras. América Latina a fines de los años cincuenta parecía haber salido definitivamente de las dictaduras. Los pueblos comenzaban a darse cuenta de que las tiranías no resolverían sus problemas y las luchas en contra de ellas tomaron un carácter cada día más esperanzador. La revolución cubana si mal no recuerdo, fué una de las últimas ~~en el mundo~~ ataques antidictatoriales en nuestro continente. En la mayor parte de los países, las democracias instaladas comenzaron a radicalizar sus posiciones reformistas y antilperialistas. Lo que se había puesto a la orden del día no era la defensa de lo ya conseguido sino la resolución de los problemas más sentidos por el pueblo, el hambre, la independencia, el analfabetismo etc etc. todas estas, lacras por las cuales se responsabilizó al régimen económico y a las relaciones de explotación imperialistas. La utopía que se construyó fué predominantemente económica y basada en una interpretación bastante eslebotizada de las teorías de Marx, pero bastó para despertar el entusiasmo de las grandes masas estudiantiles y trabajadoras.

Frente a la turbulencia histórica que por todos lados comenzó, el gobierno norteamericano y las burguesías dominantes locales intentaron una estrategia de franca agresividad. La Famosa Alianza para el Progreso fué una pingue ayuda si se la compara con la que Estados Unidos le prestó a la Europa de postguerra para iniciar la reconstrucción. Esto muestra que ella fué entregada sin gran convicción y manteniendo la verdadera confianza puesta en la posibilidad más directa de intervenir en los procesos democráticos de América Latina. La corriente histórica se invirtió y comenzaron paulatinamente a instalarse nuevas dictaduras en todos los países. Las intervenciones abiertas volvieron a hacer ley en las relaciones de USA con nuestros países. Esta política no era sufrida unicamente en nuestro continente, Vietnam se transformó en el símbolo de la lucha de los pueblos del tercer mundo por abrirse paso hacia una efectiva independencia nacional.

Para nosotros el principio de no intervención pasó a ocupar una importancia extraordinaria, pues todo nos demostraba que cualquier intento de construir regímenes de mayor justicia en nuestro continente iba a chocar con los intereses norteamericanos. Cuba, que inmediatamente se alzó como una alternativa diferente de todo lo que se había intentado hasta ese momento, pasó a ser vista efectivamente como el "primer territorio libre de América". Esto, no tanto por el tipo de régimen instalado (no hay que olvidar de que el apoyo a Cuba llegó incluso a sensibilizar a sectores demócratas cristianos o socialdemócratas) como por el hecho simbólico de aparecer como un país que orgullosamente desafiaba al imperialismo ~~americano~~. Las medidas positivas de la sociabilización fueron ampliamente difundidas por la izquierda latinoamericana y una corriente de latinoamericanismo y de bolivarianismo se expandió en todos los países.

Todas estas cosas eran muy románticas, pero descubrían algunos referentes importantísimos de nuestras realidades de pueblos subdesarrollados. La unidad latinoamericana es un factor económico, cultural y político decisivo en nuestra lucha por alcanzar nues-

tra verdadera independencia. Aún con todo su utopismo estas ideas lograron cambiar radicalmente muchas cosas. Lo que tengo más presente en este momento es el apareamiento de una cultura latinoamericana asumida como tal, fenómeno inédito en nuestra historia ahogada por el provincianismo, el localismo y el folklorismo. Un ejemplo de esto que te digo es nuestra literatura, que hoy día está ya lejos del estolismo característico de épocas anteriores.

Por otro lado, nuestra experiencia histórica no hizo otra cosa que confirmar nuestros temores de intervención por parte de USA. El dramático caso chileno ha revelado hasta qué punto nuestras historias han sido distorsionadas por intereses extraños. Los imperialismos han sido siempre obstáculos para nuestra vida democrática: en Chile, la misma historia del intento socialista democrático interrumpido por estrategias de intervención fue vivida a fines del siglo pasado cuando el gobierno liberal de Balmaceda intentó nacionalizar las minas de salitre. En este caso fueron los ingleses los que pagaron a los rebeldes que se alzaron contra el gobierno democráticamente elegido.

Nuestra generación, que carga la responsabilidad de muchos errores es por lo menos depositaria de una verdad que nuestra experiencia ha comprobado: la no intervención es un principio esencial de nuestra política y ~~fundamental~~ de los supuestos fundamentales de toda democracia. Sin no intervención no hay autonomía y sin autonomía no hay democracia.

Sentado esto te puedo ahora definir mi posición con respecto a Cuba;

Cuba siendo hoy día un país amenazado. Independientemente del régimen que allí existe, con el cual puedo o no estar de acuerdo, me parece que tiene derecho a la existencia, pues es un resultado coherente de la propia historia cubana. Si tuviéramos y quisiéramos establecer responsabilidades históricas en el apareamiento del régimen socialista en Cuba probablemente los propios gobiernos norteamericanos tendrían su buena cuota. Pero dejemos este problema que nos llevaría muy lejos de nuestro tema. Defiendo a Cuba si defender a Cuba es afirmar el principio de no intervención en las relaciones internacionales, principio que por lo demás no ha sido siempre respetado por el propio gobierno de Cuba (la historia del Che es un ejemplo y el apoyo que Cuba le ha prestado a los movimientos ultraizquierdistas en nuestros países, otro) lo cual no invalida mi propia posición al respecto. Quien obliga a quien en la escalada intervencionista es cosa difícil de saber, en todo caso el acerto según el cual es de interés de nuestros países la defensa irrestricta del principio de no intervención es perfectamente válido.

No defiendo a Cuba en todas las denuncias fundadas de atentados en contra de los derechos humanos. Estas denuncias, cuando no intentan justificar la intervención o desequilibrar al régimen, cuando no van guiadas por el propósito de combatir el socialismo y cuando están responsablemente fundadas, me parecen necesarias y útiles. No creo en la perfección de ningún régimen pero sí en su perfectibilidad. Esta última no es posible sin la crítica.

Tampoco defiendo a Cuba en sus fallas democráticas. Es cierto que el gobierno cubano ha seguido demasiado de cerca un mal modelo y que se pueden constatar en su gestión los mismos errores burocráticos de otros países socialistas. Tampoco me gusta el ideologismo ni el marxismo considerado como catecismo para el pueblo. En todas estas cosas veo debilidades de un proceso que podría habérselas ahorrado.

Sin embargo, ninguna de estas constataciones me permite

condenar a Cuba. Veo todavía este proceso como una experiencia histórica que no deja de tener logros. Te ahorro la lista que no es otra que la que comúnmente se da en este tipo de discusiones: fin del analfabetismo, planes educacionales, posibilidades de acceso a la educación, fin de los excesos del capitalismo salvaje, mejor repartición de la riqueza, etc etc. Todas estas cuestiones juntas no hacen un ideal de democracia, pero tampoco hacen un régimen diabólico que habría que eliminar cuanto antes de la faz del planeta.

Me ubico entonces en el centro: entre la condenación irrestricta y el apoyo ciego. Trato de observar atentamente lo que allí ocurre y me defino frente a tal o cual problema que salga a la luz. Si me preguntas que pienso de la represión en contra de los homosexuales en Cuba yo te digo que la condeno. Si me preguntas que pienso de la falta de una oposición democrática y del monopartidismo yo te digo que no me gusta. Si me preguntas que pienso de el chovinismo y el patriotismo característico de los cubanos yo te digo que tampoco me gusta. Pero si me preguntas qué pienso de los planes educacionales ~~exhauridos~~ te respondo que me parecen interesantísimos y lo mismo sobre innumerables aspectos que la revolución ha traído consigo.

Esto es lo que podría llamarse una verdadera posición crítica, de defensa de lo positivo y de rechazo de lo negativo. Esto no ha sido siempre así: durante mucho tiempo pesó en el ánimo de nuestros intelectuales el apoyo del proceso en bloque, acríticamente sin distanciamiento. Estamos hoy día lejos de esto, pero tampoco nos hemos ido de un lado al otro, no queremos, como se dice en mi país, arrojar de la batea el agua con la guagua.

Entonces, ¿esta actitud de observación crítica en la que se observa lo positivo y lo negativo también sería válida para juzgar otros procesos y en especial el de los propios países capitalistas? Evidentemente que sí. Lo que hemos desterrado para siempre es precisamente la urgencia de definirse en bloque y absolutamente por un régimen. La necesidad de condenar o de apoyar el socialismo nos ha empujado a la ceguera de definirnos en relación con los procesos reales. Esto no es otra cosa que confundir la idea con la realidad, es decir puro idealismo. Se trata de comprender la historia, no simplemente de juzgarla. Quienes pretenden juzgarla necesitan ubicarse en planos absolutos, quieren que el mundo sea maniqueo, desean que Cuba incluya en sí todo lo malo y que en cambio las democracias europeas por ejemplo sean la utopía realizada. Estas cosas son ingenuidades que no ~~resisten~~ resisten el menor análisis. El mundo ha evolucionado hacia la convivencia de los sistemas y es una ilusión absurda creer que los pueblos pueden echar marcha atrás. Las cosas son como son y hay que tratar de comprenderlas en su complejidad: en nuestro mundo el socialismo y el capitalismo ya han coexistido más de sesenta años. Lo más probable es que las cosas sigan haciéndose todavía más complejas, en contra de los deseos de quienes quisieran la unidad perdida. Esta nostalgia no puede ser colmada, por lo tanto hay que aceptar la diferencia sin moralismos.

En este mundo complejo creo que una cosa queda en pie y es precisamente la validez de la utopía democrática. El capitalismo y el socialismo son etapas diferentes en el desarrollo de una sociedad concreta. ¿Hacia donde va el mundo? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que cualquiera que sea el camino la medida común será la democracia. Por eso, los que ayer luchábamos por un socialismo sin apellidos hoy día queremos socialismo democrático. No nos basta con lo ya realizado, queremos ir más allá, empujar nuestro deseo hacia el cumplimiento de todos nuestros anhelos y no únicamente hacia la resolución de los problemas económicos. La utopía de los

años sesenta ha revelado su insuficiencia en esto, pero con ello no se han invalidado todos los motivos por los cuales durante tantos años luchamos. En el fondo, un reajustamiento de nuestros ideales no lleva consigo la destrucción completa del proyecto. La autocrítica debe ser radical, pero debe tener en cuenta también los logros ya adquiridos. Varias generaciones latinoamericanas han soñado con la revolución. Este sueño se ha encontrado con una realidad mucho más compleja que lo que podían mostrarnos los análisis marxistas de esa época. Pero a las insuficiencias de una idea no puede responderse con la unilateralidad contraria. Nosotros, cuando luchábamos por la no intervención en el Vietnam, también luchábamos por la democracia, cuando creíamos en un nuevo orden social en América Latina, pensábamos que así se contruía una verdadera democracia, cuando salíamos a las calles a defender los derechos de los trabajadores lo hacíamos porque estábamos convencidos de que la participación activa en la dirección del país era un presupuesto democrático, las reformas universitarias de la época llevaron a nuestros institutos de estudio un nuevo orden democrático, etc etc. Los motivos de la historia cambian con las épocas, pero en todo movimiento de los pueblos hay algo común ~~en todos los movimientos~~ Las generaciones se integran a un desarrollo en el cual ciertas ideas se van transmutando pero sin alterar la dirección final de los procesos. Lo que estamos construyendo hoy día no es diferente de lo que queríamos hace veinte años. Solo que el tiempo nos ha ido enseñando a ajustar mejor nuestra puntería. Los que buscamos una América Latina libre independiente y democrática seguimos más o menos en la misma brecha y no hay ni debe haber rupturas si queremos construir una verdadera historia.

La historia no comienza hoy día, en nuestra empezó ya hace tiempo. Somos todos eslabones de un formidable desarrollo que va decantando un pensamiento inédito hasta ahora. Para llegar a él hay que saber deshacerse del lastre de nuestros propios errores, pero también hay que aprender a sumir la continuidad de nuestro propio devenir. En la gran perspectiva, las generaciones importan poco, lo que queda es la construcción común. No debemos aumentar las neurosis y las esquizofrenias que ya existen en nuestras realidades. Estamos demasiado divididos, demasiado fragmentados, como para agregar separaciones y confrontaciones estériles. Es bueno entonces discutir para que seamos capaces de construir la síntesis. El resultado de la historia es siempre síntesis, creer que por fin con una comienza la verdadera lucha es una ingenuidad que ~~se~~ se suma a la confusión reinante.

Los ideales por los cuales luchó mi generación (entendiendo por "generación" el prototipo del intelectual progresista de los años sesenta) no están abolidos. Lo que interesa rescatar ahora es lo que ha quedado en pie, lo que sigue flotando a pesar del naufragio. Y esto es importante no para "salvar" de sus culpas a quienes hemos andado detrás de ~~de~~ cierto, de muchas quimeras, sino para rescatar la verdad que alberga la historia profunda de América Latina. Hoy día en que predominan por todos lados los escepticismos y en que las hecatombes ideológicas parecen haber terminado definitivamente con los impulsos hacia la síntesis es imprescindible recordar que las épocas que parecen más sabias son en verdad las más ciegas. "No arrojes al héroe de tu alma" dice un filósofo. Las derrotas no tienen por qué obligarnos a renunciar al entusiasmo por la verdad y por la justicia. La propia democracia seguirá probablemente siendo un ideal lejano durante siglos y siglos. Esto no invalida para nada ~~la~~ la dirección de nuestros anhelos.

América Latina ha estado casi siempre enferma de sus propios fanatismo y unilateralidades. Hoy día, llamar a la cordura

y a la lucidez parece un propósito de dudosos resultados, y sin embargo es eso y más que nada eso la verdad que en primer lugar podría rescatar mi generación. Hemos vivido una experiencia en la cual fuimos obligados a confrontar nuestros sueños con la realidad. El resultado no es la abolición del sueño sino la apertura hacia su lugar propio, que no es otro que el lugar de la utopía. Nuestros ideales fallaron principalmente porque quisimos llevarlos a la práctica inmediatamente. Estábamos coléricos de justicia, no podíamos esperar, había que empezar inmediatamente. Con nosotros por fin comenzaba la historia verdadera de América Latina. Eso es lo falso. Si la generación que viene, cambiando de pasaje vuelve a las mismas presunciones estamos perdidos. Tenemos entonces que entendernos, ustedes para recoger lo que en nuestra lucha había de verdad y nosotros para que nuestros propios errores no vuelvan a cometerse, para que la parte positiva quede en pie, para que la continuidad asegure un progreso.

Definirse con respecto a Cuba ya no es importante. Definirse por respecto a cualquier proceso real tampoco. Hay que definirse con respecto al proyecto, con respecto al ideal que se busca, con respecto a la idea no con respecto a la realidad. Esto no significa una renuncia a la denuncia de las injusticias que se cometen por todos lados, sino simplemente establecer como pivote fundamental de nuestra posición, lo que es verdaderamente importante. Esto es la idea de democracia y el modo como vamos a ~~ordenar~~ iluminar con ella nuestros imperativos de justicia. Para profundizar en esta idea, estamos obligados a entrar en todos los aspectos de la vida humana y aprender a equilibrarlos en una utopía que los contenga armónicamente. Solo de ese modo habremos superado nuestras antiguas insuficiencias abriendo el camino ~~de~~ hacia lo que podremos seguir creyendo válido mañana.

Esto es mas o menos lo que tenía que decirte. Ojalá que sirva para un diálogo fecundo, que espero no termine con este tema.

Un gran abrazo

de tu amigo de siempre

Eduardo Carrasco Pirard